

ala palabra

Revista estudiantil de Creación Literaria



alapa**la**bra

Revista estudiantil de Creación Literaria

Vol.4

n.º 6, enero-junio, 2017



**UNIVERSIDAD
CENTRAL**

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES,
HUMANIDADES Y ARTE

Departamento de Creación Literaria

alapalabra

Vol. 4, n.º 6, enero-junio, 2017
ISSN: 2422-5037



**UNIVERSIDAD
CENTRAL**

Comité Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte

Nina Alejandra Cabra Ayala
César Báez Quintero
Manuel Roberto Escobar
Nancy Malaver Cruz
Claudia Carrión
Héctor Sanabria Rivera
Ruth Nélide Pinilla
Yairsiño Oviedo Correa

Rector

Rafael Santos Calderón

Vicerrector Académico

Oscar Leonardo Herrera Sandoval

Vicerrector Administrativo y Financiero

Nelson Gnecco Iglesias

Departamento de Creación Literaria

Roberto Burgos Cantor
Director

Sergio González Vargas
Coordinador académico

Alapalabra es una publicación semestral
de los estudiantes del pregrado en Creación
Literaria.

©Ediciones Universidad Central
©Varios autores

Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso)
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556
editorial@ucentral.edu.co

Comité editorial *Alapalabra*

Santiago López
Natalia Cárdenas Morales
Editores

María Camila Aldana
Ányelo Mamanché
Érika Mendieta
Laura Poveda
Nicolás Medina
Valentina Sánchez
Andrés Camilo Navarro
Paula Arizmendi
Carolina García
Carolina Longas
Paula Andrea Espitia

Imagen de cubierta:
Natalia Cárdenas Morales

Otras ilustraciones:
Natalia Gordillo

Producción

Coordinación Editorial

Dirección: Héctor Sanabria Rivera
Asistente editorial: Jorge Enrique Beltrán
Diseño y diagramación:
Patricia Salinas Garzón
Corrección de estilo: Nicolás Rojas Sierra
Impresión: Nuevas Ediciones S. A.



Los contenidos de *Alapalabra* son publicados de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons 4.0. Usted es libre de copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos de manera apropiada, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

Las ideas aquí expresadas, lo mismo que su escritura, son exclusiva responsabilidad de los escritores y no comprometen a la Universidad Central ni a la orientación de la revista.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Contenido

Nota editorial	7
-----------------------------	---

rémiges narrativa

Últimas novedades	11
Giovanny A. Rodríguez	
Espejo	18
Sebastián Cuevas	
La madeja y la estrella II. Retratos de familia	22
Wilson Pérez Uribe	

álulas poesía

Luego de la calma	29
Rikardo Pantoja M.	
Araña	30
Alexandra Bermúdez	
Seis pisos de otro gato	32
Fabio Nelson López Morales	
El mono araña (ateles belzebuth)	34
Alexandra Bermúdez	
El juego del hombre	35
Sara Montaña	
Canción para cuando tenga que llorarte	38
Germán López	
Adelfa	42
Angie Obando	
Transfiguración	44
Juan Guillermo Lera	

técnicas

ensayo y otros géneros

Años luz	49
El Graffo (Fabio Romero)	
El destino de la cayena	51
Angie Paola Pedrozo Redondo	
Oda al banano	53
Jorge Alejandro Llanos	
Deseo	56
Javier Moyano	
De la criminalidad del pensamiento	58
Pablo García	
Ahogo	61
Alejandra Capera	
El dolor de una conquista	63
Guillermo Aldair V. Fuentes	
Una academia de baile	68
Camila Borbón Álvarez	
Tratado del miedo moderno	71
Valentín Santos (editado por Laura Escolar)	

apterilios

espacio del lector

Furia	77
Solagne Urrels	
Omega	78
Juan Pablo Díaz	
Inalcanzable	79
Juan David Anzola	
Sobre-vivir	80
Rommy Triay	
Mujer cabello	81
Rommy Triay	
Los autores	82

nota editorial

Ante la acogedora respuesta en esta convocatoria, celebramos el talento de muchos autores que creen en nuestro trabajo; por esta razón, la selección se hizo más ardua que nunca, cosa que nos permitió perfeccionar nuestro proceso interno.

Debido al flujo de textos e imágenes que recibimos, hemos decidido publicar todo el material en dos ediciones. Así, el sexto y el séptimo número son hermanos, pues nos parece importante darle a cada autor el protagonismo que se merece.

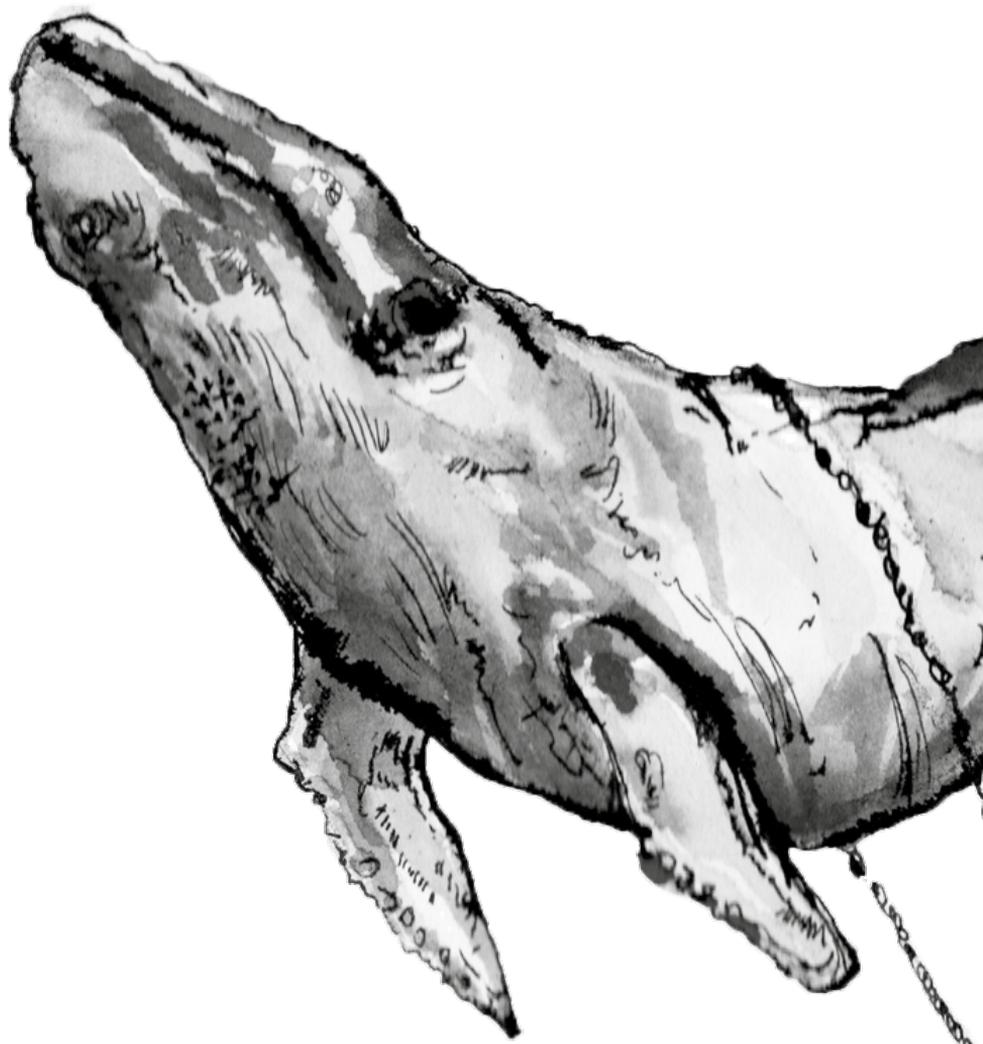
Por otro lado, queremos resaltar la comunicación que logramos con los escritores de este número. Gracias a su colaboración, fue posible pulir los frutos del trabajo que nos alimenta, ya que *Alapalabra* crece en la medida que lo hacen sus autores.

Agradecemos a los seguidores de este proyecto, quienes expanden nuestras oportunidades de aprendizaje. Los lectores-autores alimentan la nueva literatura que *Alapalabra* está asistiendo desde sus publicaciones.

Natalia C. Morales

Santiago López

EDITORES





rémi ges

narrativa

Sin título, Natalia Arias Valenzuela



[ré.mi.ges]

Las rémiges son las plumas que proporcionan el impulso para volar. Sus formas son asimétricas en tierra, pero mientras conducen su vuelo son simétricamente iguales. Cobran sus particularidades cuando se detiene el movimiento vertiginoso de las alas y se puede finalmente apreciar las variaciones en sus filamentos. Se les llama también remeras, pues son capaces de remar en el aire.

Últimas novedades

Giovanny A. Rodríguez

Isabelle pronto prendió su cigarro. Durante los últimos días había fumado bastante, sobre todo hoy. Al sentarse, lanzó el cerillo hacia afuera del balcón y logró ver en el aire cómo en su descenso se extinguía el cadáver reseco de la diminuta madera ya quemada. Con su otra mano lanzó la cajita de Marlboro a la mesa de vidrio. Caía el crepúsculo y ella miraba sentada cómo las verdes copas de los árboles que rodeaban su casa se oscurecían mediante la alquimia de la noche.

Ella esperaba con ansias la declinación de ese día. Yo aguardaba con paciencia y, sin ser visto, la miraba. Veía incluso sus incontables pecas iluminándose debajo de sus ojos cada que daba una calada a su cilindro de tabaco, y percibía aun con claridad el tenue sonido de esa nimia combustión.

Cada cierto tiempo llevaba hacia su boca la pequeña brasa que sostenía entre sus dedos blancos. El punto rojo contrastaba con el anochecer, se encendía entre sus labios delgados y luego una constante pluma de humo salía y se diluía en la naciente oscuridad de las sombras.

Decidí sacar un cigarro también, a nadie le importaría un poco más de humo en el lugar; incluso si yo fumaba, ella no podría percatarse de mi presencia. Los demás no importaban.

Un auto se detuvo frente a la casa. El sonido del motor fue desplazado por el silencio y luego se escucharon unos pasos graves avanzar al interior de la residencia hasta subir a la habitación contigua al balcón. Pasaron algunos minutos hasta que



la puerta corrediza que los separaba se abrió despacio y, con el leve ruido de la fricción de los materiales, sentí una tensión expectante que aumentaba al lado mío.

—Hola, Isabelle —dijo Pierre al terminar de correr por completo la puerta. Dio un par de pasos hacia ella mientras del bolsillo de su camisa sacaba también un tabaco. Parecía que su calmada voz incluso podía leerse entre la vasta tranquilidad—. ¿Puedo sentarme?

—Claro —contestó ella, mientras sus ojos verdes le veían con una indiferencia que podría notarse aun a través de los restos colgantes de su claro pelo corto.

Pierre acomodó la otra silla de la mesita y, al sentarse, Isabelle ya tenía entre los dedos un cerillo encendido cerca del blanco rostro de Pierre. Él pudo sentir la calidez de la pequeña flama cerca de su barba. Acercó su larga cabeza que sostenía un *Gitane*¹ entre los labios, aspiró lento y empezó a consumirlo. Con su mano fornida alejó su pelo oscuro de la boca y lo dejó sostenido detrás de la oreja. Su nariz encorvada exhaló la primera nube de humo.

Distinguir lo que sucedía en el balcón de la casa habría sido imposible para cualquier persona que estuviera entre los árboles. Los curiosos solo habrían podido percibir algunas sombras confusas intercambiando palabras, o algunos ligeros trazos rojos hechos por la trayectoria de los cigarros al consumirse. Sin embargo, desde mi posición los veía incluso con claridad. Me daba el lujo de voltear a mis alrededores: a pesar de sentirme solo en la apreciación minuciosa de esta pareja, tenía la intuición de que acaso otros ojos con morbo, quizá lejanos, se esforzaban en mirar el hecho.

—¿De verdad necesitas hacer esto? —preguntó Pierre antes de dar otra indiferente fumada. No la veía a los ojos e

¹ Marca francesa de cigarros.

intentaba distraerse con la creciente oscuridad exterior, como ocultando su tristeza.

—Sí, no puedo evitarlo —afirmó Isabelle con tranquilidad—. Debo hacerlo si quieres que me quede contigo.

Pierre se inclinó hacia adelante de forma nerviosa y la vio con sus profundos ojos grises. Yo también me incliné y cierta pendiente de suspenso inundó el ámbito que me rodeaba.

—¿Estás segura? No sé si pueda soportarlo... —la voz de Pierre comenzaba a enredarse en un nudo de sumisión. La ceniza de su cigarro caía sin patrón alguno hacia el piso.

—Solo dile que venga. Sé que vino contigo y que está ahí adentro —dijo Isabelle, mientras su cabeza apuntaba hacia la habitación apagada.

Pasaron algunos segundos de resignación. Pierre se levantó de su asiento con las manos metidas en los bolsillos, jugando con el filtro babeado entre sus labios. Cabizbajo, dio algunos pasos hacia la puerta corrediza y metió con docilidad su cabeza en la habitación.

—¡Étienne...! Es tu turno... —exclamó Pierre con el tono fracturado de su restante fortaleza abatida. Se alejó lento de la puerta, su cuerpo flaco regresó despacio a su lugar, giró su asiento y, ya sentado, no quiso voltear su cabeza hacia la puerta ni hacia Isabelle. Se dispuso solo a fumar, dedicándole el humo a la luna.

Isabelle miraba intranquila hacia la oscuridad de la habitación abierta, sentía la impaciencia de los segundos acrecentarse. Luego percibió unos lentos pasos dirigirse hacia el balcón. En ese momento, se levantó como un gato de su asiento y, de forma repentina, dejó caer desde sus hombros su ligero vestido.

También su cigarro cayó hasta la negrura del pasto, al pie de los árboles. El morbo de los imperceptibles ojos devenía ahora en incredulidad.



A la apagada noche le era ya indiferente el color de la vestimenta que se extendía en el piso; tampoco importaba el tono de la punta de sus firmes senos delicados que antes se escondían bajo la tela fina. Ella estaba desnuda de oscuridad, esperando de pie, protegida, como detrás de un delicado cristal.

Sin voltear a verla, Pierre seguía fumando. Todos fumábamos.

Como una extensión de la penumbra en la habitación, una sombra alta, más oscura que la noche, salió al balcón y se quedó de pie, de frente, viendo la delgada silueta desnuda de Isabelle.

A mí, el nerviosismo también me invadió, quería irme, pero el morbo de saber lo que pasaría me hizo quedarme un poco más. Miradas atentas.

La escasa luz que emitía el ya pequeño cigarro de Pierre era lo único que ahora les permitía distinguir lo que pasaba. Logré ver el ancho cuerpo de Étienne acercarse hacia Isabelle, vi cómo sus manos se deslizaban, pausadas, desde la cadera y bajaban hasta los muslos abultados.

Isabelle exhaló un leve aire plácido al sentir aquellas toscas manos jugar entre su carne sedienta. Engullida por el placer, solo pudo abrazarlo con sus delgados brazos y recargarse vencida de lujuria sobre el vigoroso pecho de Étienne.

Pierre seguía iluminando intermitente la escena entre las exhalaciones de humo.

—Voltéate —le ordenó la gruesa voz de Étienne a Isabelle. Ella obedeció temblando, dio la vuelta y dejó caer sus codos en el barandal del balcón.

También tirité. Todos los ojos oscilaron asombrados: pupilas puritanas.

Pierre estaba al borde de las lágrimas, la poca luz del cigarrillo de su mano temblorosa logró mostrar que de la entre-

pierna de Étienne brotaba una desmedida extremidad que se dirigía hacia la espalda baja de su esposa.

Después de un breve silencio, un gemido latente de dolor femenino fue fundiéndose progresivamente en la calma total de la penumbra. Con la mano que tenía libre, Pierre contuvo las lágrimas de sus ojos, mientras oía repetirse, poco a poco, el quejido sutil, ahora placentero, de su esposa. La diminuta brasa aún alumbraba el movimiento obsceno de las carnes y él seguía sin voltear a ver la humillante escena.

Hubo un rumor de agobio que mis oídos negaron escuchar por la impresión de aquella secuencia. Me levanté del lugar desde donde miraba todo, sentí el palpitar de la sangre aglomerarse en mis sienes, dejé que las cosas tomaran su rumbo, me fui, seguí fumando en otro lugar mientras aún escuchaba los gemidos de placer. No podía quedarme a ver eso. Ya a los lejos, miré las caras estupefactas de mis padres y de mi abuela que miraban la impúdica pantalla. La pena y el humo me marearon un poco, no había un lugar donde pudiera esconderme sin hacer más evidente mi bochorno. Ahí decidí que jamás volvería a poner las últimas novedades del cine francés durante nuestras modestas reuniones familiares.





Arquetipe, Erick David Obando



Mis fragmentos perdidos, Felipe Vásquez

Espejo

Sebastián Cuevas

El espejo que se encontraba en el baño frente a la regadera era empañado por el vapor que salía de ella. En su atmósfera de humo blanco solo se veía a un hombre calvo con una gran barba de leñador que le llegaba al final del cuello. Sin taparse con la toalla su miembro viril, caminó hacia el espejo que siempre lo había visto desvestirse y vestirse, lavarse y ensuciarse, masturbarse y llorar. Tenían una historia cómplice los dos, y es que el espejo sabía su secreto y él sabía quién era el espejo. Ambos sin palabras, solo incubándose el silencio dentro del cuarto de baño: el hombre miraba al espejo y el espejo le devolvía la atención, el hombre se tocaba sus brazos y el espejo lo imitaba, el hombre se tocaba la barba y el espejo lo admiraba repitiendo su actuar. Eran tan amigos que al momento del baño no podían ser el uno sin el otro, hasta el punto en que el hombre se bañaba sin tapar ni correr las cortinas, solo para que el espejo pudiera mirarlo y así darle ánimo dentro de su locura.

Solía quedarse mirando el espejo largo rato, los segundos no llenaban y los minutos simplemente eran efímeros; llegó inclusive el día en que estuvo más de quince horas jugando a las miradas con el espejo. Este sabía cautivarlo, sabía hipnotizarlo, sabía lo que quería y deseaba, lo tenía en su poder; el espejo se dejaba querer y el hombre solo se dejaba poseer. Cada vez que acudía al espejo lo hacía desnudo, luego de una ducha, impregnándose el lugar de vapor del baño, cubriéndolo todo, para así avanzar entre la niebla hacia su querido espejo. La

mirada del hombre se mantenía en un punto en que ni la más mínima brisa sería capaz de moverlo. Su cuerpo se quedaba inmóvil, era como si su mente estuviera en otro lado, pero, aunque no lo crean, su mente se quedaba junto al espejo.

Nunca hubo palabras, nunca hubo sonidos. El silencio del lugar y el ruido propio del ambiente hacían que todo eclosionara en un cuento abstracto.

Cuando encontraba el momento, el hombre se acercaba y con su dedo índice dibujaba en el espejo lentos y tiernos círculos ovalados sobre el espejo. Cuando creía necesario bajaba y hacía otras figuras, todas dentro del espejo. Tocaba con la mayor delicadeza posible, se imaginaba que el espejo era una mujer con la cual se acostaba y acariciaba antes del coito. Pasaba su lengua por el espejo mirándolo. Solía acariciar su pene mientras tocaba, acariciaba y besaba al espejo. Y mientras el espejo lo observaba con cautela y obsesión, el hombre buscaba llegar al clímax. En uno que otro tanto, dibujaba un par de ojos en el espejo y los observaba profundamente mientras se masturbaba. Su voz de hombre en celo llenaba el vacío del lugar, y el espejo solo observaba. La historia siempre era la misma, el hombre masturbándose y acariciando con sus dedos el espejo, dibujando curvas en él, creyendo que era una mujer a quien follaría. El espejo sabía que todo eso era parte del acto, solo era cuestión de tiempo para verlo eclosionar.

Eran pocas las ocasiones en las que el hombre simplemente no se masturbaba y, dentro de la lúgubre neblina que invadía el cuarto de baño, dibujaba una mujer completa, con cabellos y un hermoso vestido, dejando de lado lo sexual. A veces, cuando olvidaba cómo era la forma de unos zapatos de tacón, solía ir a buscar unos a su habitación, los miraba y con la idea en su cabeza venía y los copiaba en el espejo.

Las veces que dibujaba a la chica, que en todos los casos siempre era la misma, misma ropa y mismo gesto, mostra-



ba a una chica hermosa pero con una cara extraña, ni de feliz ni de contenta, solo neutral. La miraba y repetía en voz baja: “solo es parte del juego, solo es parte del juego, solo es parte del juego” incesantemente, hasta que comenzaba a subir el tono de voz. Mientras más fuerte gritaba, más lloraba repitiendo: “solo es parte del juego, solo es parte del juego”.

Cuando el dolor y la desesperación eran muchos, el hombre caía en el suelo llorando y gritando, como si estuvieran sacando una parte de su alma con las garras y esta aun quisiera mantenerse con fuerza al lado de su dueño. Era la única forma de soportar el dolor del olvido, porque el espejo sabía que la chica dibujada en él era su hija, a quien violaba y atormentaba, y quien se disparó en la boca frente a sus ojos, y todos los restos de su cabeza traumada quedaron esparcidos por el espejo. Mientras el espejo contemplaba, el hombre solo lloraba, esperando que algún día pudiera volver la niña que tan feliz lo hacía.

V, Natalia Barbosa



La madeja y la estrella II.

Retratos de familia

Wilson Pérez Uribe

I

Mis días están hechos de dádivas que atesoro. He desgranado en el huerto el maíz de granos dorados y riego los últimos brotes. El alma entera es un universo. Confieso que ve rendirse su poder ante estos actos de valerosa sencillez. Mis padres: hombres sabios de los campos, demiurgos de las estaciones, geógrafos de su parcela de tierra, me legaron el honor de amar en el mundo todo aquello que exigiese un poco de esfuerzo para crecer. De sus manos heredé la azada y la pluma; de sus ojos, el asombro por los milagros de la siembra; de sus voces, la valentía para aceptar la ignorancia y la fragilidad del cuerpo. Son pequeños destellos de un presente que torna a ser natalidad, comienzo posible. Y ahora que me detengo a pensar, celebro el día en que mi madre puso en mis manos el carbón del lápiz para que aprendiera a dibujar un pájaro de palabras que hoy emprende vuelo sobre la página que me escribe a la par que la escribo.

II

Tras de mí hay una generación de hombres de pálidas rutinas. Juntos amasaron el pan del día a día y vieron caer la lluvia sobre el mismo tejado. Mi memoria está poblada de una casa, de un huerto, de un estanque. Las palabras que llegaría a pronunciar provenían de una música remota: el silbido de tres hombres cuyos rostros contemplaron la pobreza y aceptaron las pequeñas dádivas de un gesto perdido en el mundo. Estos hombres me enseñaron a vivir; yo he de aprender a morir.

III

Tiempo. Habitación. Patio. Agua. Caballo. Las palabras se pronunciaban como si en los labios tuviéramos un talismán mágico. Nada sabíamos de nosotros, y no importaba. La lluvia y la tierra húmeda nos enseñaron el lenguaje de los placeres sencillos. Bastaba recoger en la palma de la mano las últimas gotas del tejado para creer que aquello era fuente de un gran río. Bajo la cornisa de pinos y de eucaliptos nos deslizábamos junto al perro que corría tras de nosotros. Ese noble animal jamás traicionó su porvenir de compañía. Nunca comprendimos por qué se marchó en una mañana de nubes ligeras. Yo recordaba los meses de diciembre; ella, las tardes en que pintábamos paisajes con colores desgastados. Yo odiaba el frío y el silencio; ella aceptaba la ventisca sobre los árboles. Yo descubría en su tacto hermano que las cosas perdidas siempre se encontraban y que el nombre de la noche era el de una manta con mil agujeros.



IV

Yo era el caminante: desandaba mis huellas de niño en la espesura de hojas muertas. Yo creí en la luz y en el destierro, en la madera que mira al cielo y en los callejones de piedra. Levemente fui abandonado en este mundo. Me salvó una tribu de estrellas y los dones de la palabra ocultos en el corazón de un ave.



Yo era el caminante: palpaba con los pies desnudos la carne de la tierra. De niño —bella edad en que no se teme a la intemperie y la humildad es un ardor que no se padece— sostuve la agotada rama de un pino para aprender que la vida es fragancia que se disipa y flecha disparada que el aire equilibra.

Yo era el caminante de los caminos que llevaban a una sola morada. Allí la habitación, el agua fría, las puertas entreabiertas; allí el tejido y la sombra, la aurora de pétalos rosas y el rostro de una mujer que feliz me aprisionó en sus brazos.

Yo fui el caminante, y al andar sostuve el peso del mundo con la firmeza de mis cortos pasos.

V

La piedra fue arrojada por su mano de niño. Un brote de pino sostuvo su primer paso sobre un mundo inestable. Un drama antiguo le cegó los ojos de su infancia: ¿por qué lo más frágil sobrevive ante la herrumbre de los años?, ¿por qué la muerte tiene el color de un sol que se ahoga en el agua?

VI

Vuelvo a las viejas fotografías conservadas en un armario de talladura. Descubro la tierra herida con soles amargos. Comprendo, una vez más, que el poema se resume en la sencillez de los años que han pasado sobre un techo de caña apilada. De mano en mano van pasando esos breves instantes, hoy páginas imborrables en la memoria: la cal de las paredes, el techo, las ventanas y los postes eran materia frágil para la adoración de las noches azules. El corredor, la senda de pinos y eucaliptos, el seto, las piedras dispersas: yo acumulé esos dones en la casa de la mirada, hoy los suavizo en su textura de polvo recordado. Hubo una vez en que esas humildes presencias, sin adornos vanos, significaron la corta vida que perdí y que hoy recupero.

VII

No tengo más palabras que no sean un lápiz desgastado para ella, o un libro de páginas mal escritas. No tengo más palabras. A ella la resumiría en el silencio: esa otra voz que el viento pronuncia al agitar las hojas del guayacán. Retorno a los lugares comunes: tierra sin arar, habitaciones de la casa, sillas delante del crepúsculo, y no encuentro la sombra de su cuerpo. No tengo palabras: ella me enseñó que la tristeza es un río que danza en la memoria y que la voz de la infancia es una llama que no nos atrevemos a apagar.

VIII

Poner orden a las cosas, desempolvar el espejo para que cada una observe su rostro diverso. El piano es un gato que se ovilla en lo más alto del tejado y ronronea; los árboles son estatuas donde la luz descubre sus secretos; la música es una brújula que siempre señala hacia adentro; la noche es una hoguera distante; la memoria es una casa siempre abierta; la pintura es una tinta sin nombre: pintamos sobre una superficie para descubrirlo; el río es un viaje a través de las venas de la tierra; el mundo es una palabra de cinco letras. Las palabras son sombras que se posan sobre las cosas para que puedan ser nombradas.





álulas

poesía





[á.lu.las]

Las álulas son un grupo muy pequeño de plumas que están en el borde interior del ala, en su parte superior. Son indispensables en el aire y por esto se les asocia más a un vuelo que a un aterrizaje. Al ser las encargadas de enfrentarse al viento, permiten un vuelo lento, sin caídas inesperadas, lo que las une a la indispensable necesidad de equilibrio.

Luego de la calma

Rikardo Pantoja M.

Puede quedar el espectáculo con la boca abierta, los ojos
[desorbitados, las razones bajo llave.

Puede haberse detenido el grito a mitad de calle, el beso
[en el deseo, los sueños en las canciones.

Todas las palabras bajan con la corriente.

Las imágenes se pegan como un pecado a punto
[de ser cometido.

Manos que aún siguen expresando el mejor aplauso.

La lluvia acelera el tiempo, mientras su coro hizo
[su danza sobre las calles.

Siguen los pasos dejando atrás senderos y colores
[para quien no tenga un motivo.

Debe haber una apariencia en todo equipaje, sueños que
[absorban mañanas; por ello el despertar aviva la conquista.

Luego de la calma hubo una voz que, al llamarme por mi
[nombre, aceleró los pasos por tener entre mi espíritu
[todos los finales y depositar uno en cada esquina.

Así tener ocasión de regresar.



Araña

Alexandra Bermúdez

I

En invierno,
dos mujeres aborígenes tejen.
Una araña y dos mujeres
sostienen el mundo.

II

En el árbol,
un niño dormido.
En sus ramas,
una araña envenena
la pesadilla.

III

Una pareja,
gritos.
Una araña en la esquina:
los ocho ojos de Dios.

IV

En la cima de la pirámide
una seda de araña
engendró el destino.

V

Dubhe.
Trep a la noche por su tela,
con siete hombres, la araña,
a ser estrella.

IV

De África a América
un hilo de araña.

VII

En la profundidad del río
una araña olvida sus penas.

VIII

El viento
se enreda
en los pelos de una araña;
lleva el sufrimiento de la humanidad.



Seis pisos de otro gato

Fabio Nelson López Morales

Borges se hace tinta desde la sombra,
de sus manos
lame leche de ratón cosido.

Borges mancha sus huellas negras
a pasos finos sobre la verja,
equilibrista ciego de cuatro patas,
fuelle extendido de costilla y carne.

Borges marca de piel y estilo
en tiras rectas sus maullidos,
silueta fija de papel vivido
entre libros sueltos sin un sigilo.

Borges duerme en tejidas noches
entre bufandas de la ceguera,
persigue de pistas sueños
el frío juego de primavera.

Borges rueda entre las sombras,
un trompo nuevo inalcanzable

entre los giros de cola erguida
de su juego loco, la vida afable.

Borges duerme sueños de sueño y gato,
rostro de coqueta barba,
las siete vidas que él encarga,
cara larga de bigotes blancos.

Borges duerme el mundo y el mismo cuento,
salto a salto, escalón invicto,
esas obras sin argumento,
un felino de tango hambriento
y su esencia vuela al infinito.



El mono araña (ateles belzebuth)

Alexandra Bermúdez

Camina sobre el abismo
sin pulgares.
Salta sobre el vacío
con certeza;
desconoce que allí lo han condenado los hombres
a vivir, en el infierno,
a ser nombrado rey de sus legiones,
cuando una vez
fue Xtuch, el primer hombre.

El juego del hombre

Sara Montaña

Juegas, niño necio, errante antropomorfo.
Juegas a entender las reglas.
Comes tortillas de maíz que provienen del campo.
Bebes la botella de agua de un kiosco
y alzas la mano cuando nadie ha pedido tu opinión.
Juegas, niño amado, volátil y amorfo.
Juegas a claudicar encima de mis pechos,
a erectar hijos en la lágrima de tu miembro.
Juegas, carne oscura acabada.
Juegas dentro de una partícula del tiempo.
/Y ahora te dices eterno/
En el árbol que alguien siembra
Vos, raíz
y que llama juego.



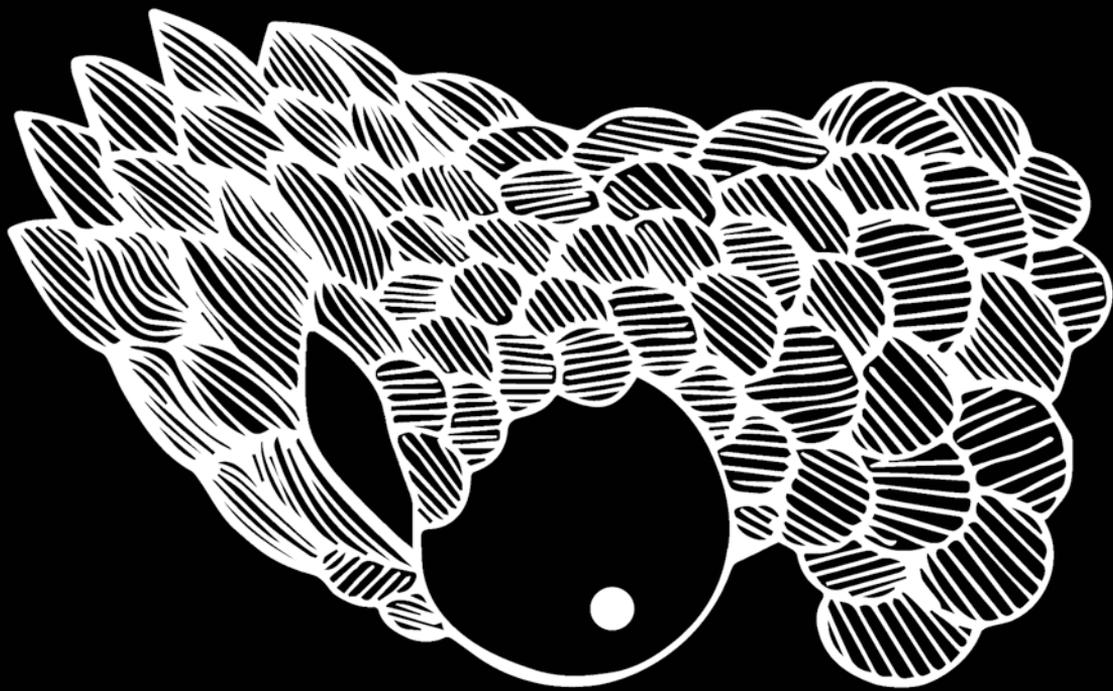


Imagen 01, Daniel Vizzuett

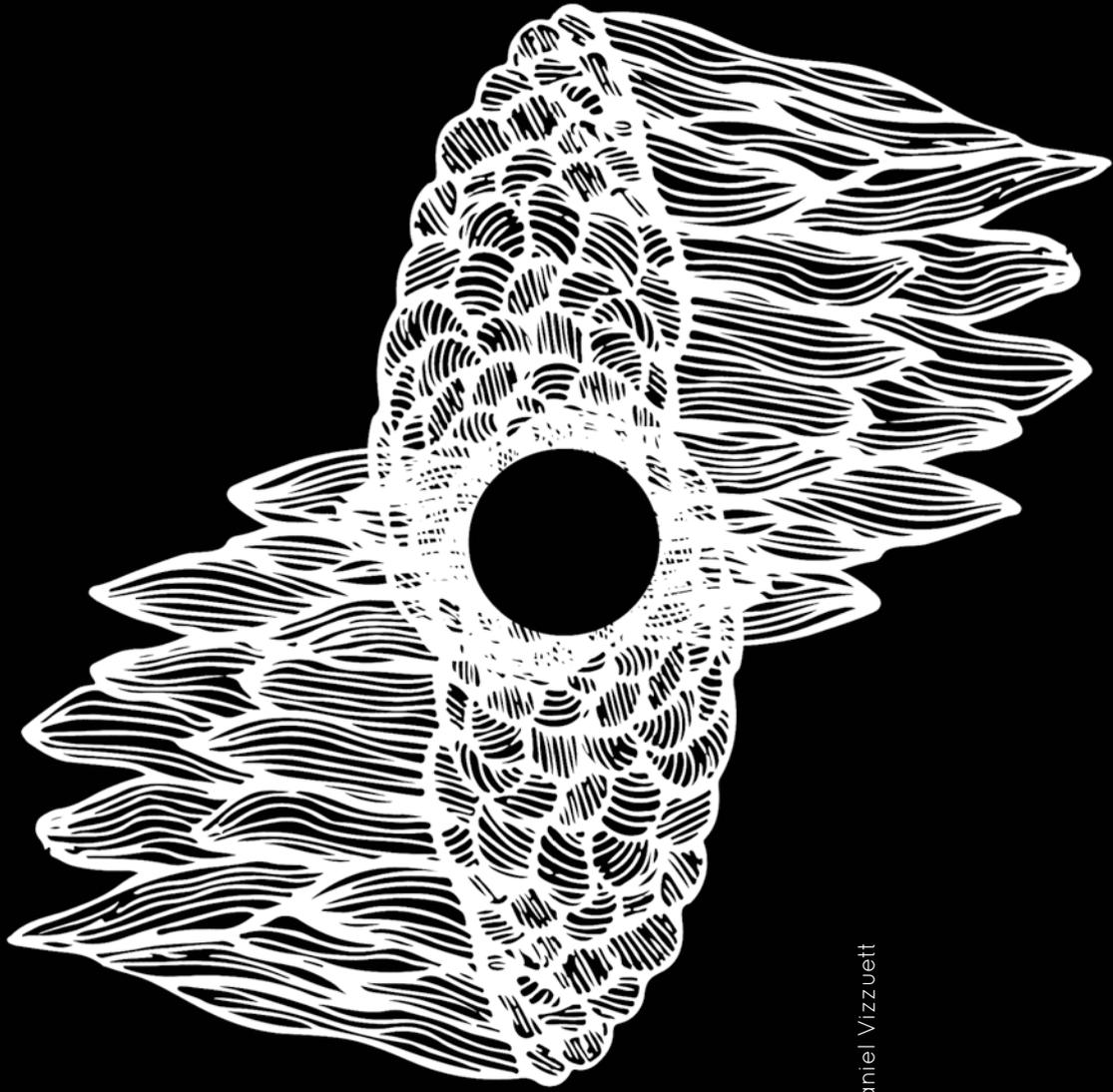


Imagen 0.2, Daniel Vizzuett

Canción para cuando tenga que llorarte

Germán López

Ahora tu sangre riega este jardín,
donde nacerán árboles y plantas de los pies.
Algún día el Tiempo hará que mueran
y hará de ti un camino tan largo, tan largo,
que nadie sabrá de dónde vienes o a dónde vas.
Solo los que te conocimos,
los que te besamos las manos y los pies,
los que te aprendimos a fuerza de lágrimas,
solo nosotros te sabremos recorrer.
Mas vendrá el día en que también nos desharemos
y nuestra propia sangre riegue este jardín.

Por ahora duerme...

Ahora tu cuerpo alimenta la Tierra,
y tu Carne, que es la mía, se comprime tras su peso.
La Tierra, titana voraz, engullirá tu piel y mis lágrimas.
Tu cabello hecho raíz se clavará en la greda

y hará brotar pequeñas flores amarillas.
Mas vendrá el día en que también me ahogue
y siendo polvo nos veamos de nuevo,
y siendo barro seamos uno con Ella.

Ahora tu cara se deshace como arena.
Cuando olvide tu rostro, olvidaré mis fuerzas
y aun así llevaré tu faz a donde sea,
con esta máscara tuya, que siempre ha sido la nuestra.
Pues me enseñaste la Humanidad y soy Humano en tu
Nombre.
Cuando me lleve tu rostro, lloraré y no me verás...

Ahora tu nombre me acaricia y se hace viento.
Pero lo perderé como ya perderán mi nombre,
pero lo gritaré como ya gritarán mi nombre
y cuando ya no estés en ninguna parte,
cuando ya no pueda alcanzarte y también muera...
¿Quién recordará mi nombre para recordar el tuyo?
¿Quién revivirá mi nombre para hacer vivir el tuyo?
¡Nadie, Nadie, Nadie!

Por eso cuando muera tú morirás de nuevo
y me llevaré el dolor de tu ausencia y de la mía.
Por eso cuando muera y te vea morir de nuevo
cantaré...

Y cantaré tan fuerte, hasta reventarme las entrañas y los
sesos,
hasta que el hilo de mi voz se teja y se desteja,
en esta ausencia maldita que se me hace en el vientre.



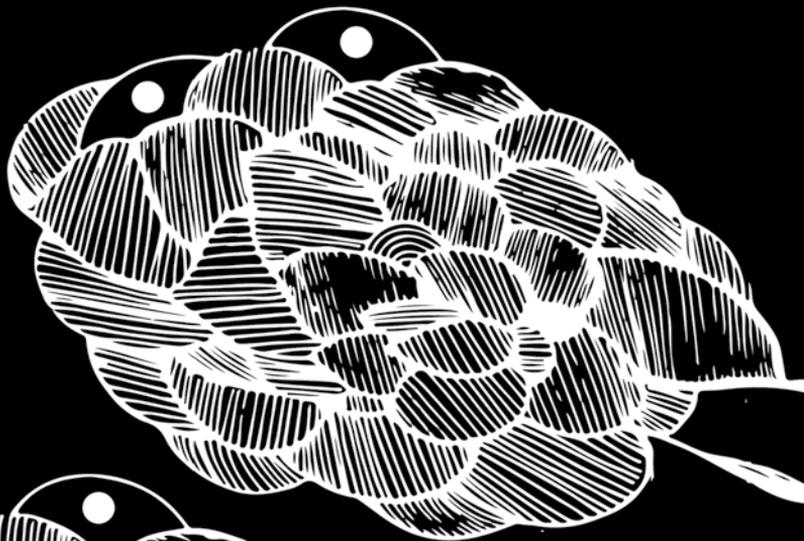
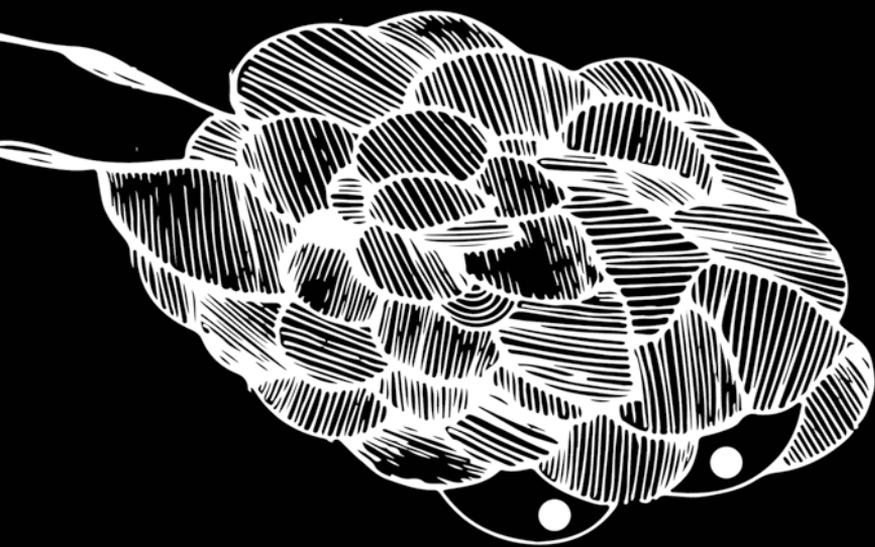


Cantaré...

Y cantaré tan fuerte

que nunca nadie jamás olvidará mi dolor...

Que nunca nadie jamás podrá olvidarte...



Imogen 03, Daniel Vizzuett

Adelfa

Angie Obando

Sonriente espera la llegada del huérfano de memoria,
aprisionado por la frígida obligación cultural,
vive y pasa las décadas en las que espera que
alguien le traiga el cándido significado de su agresión.

Adorna los rincones mientras; en vigilia.
¡He de aquel que ose acercarse!,
pues con el mínimo roce de dedos,
se procurará un dolor tan agudo que intentará sobornar a
Caronte]
para que lo ayude a pasar el lago.

Inoportunas, todas las noches de belleza heredada.

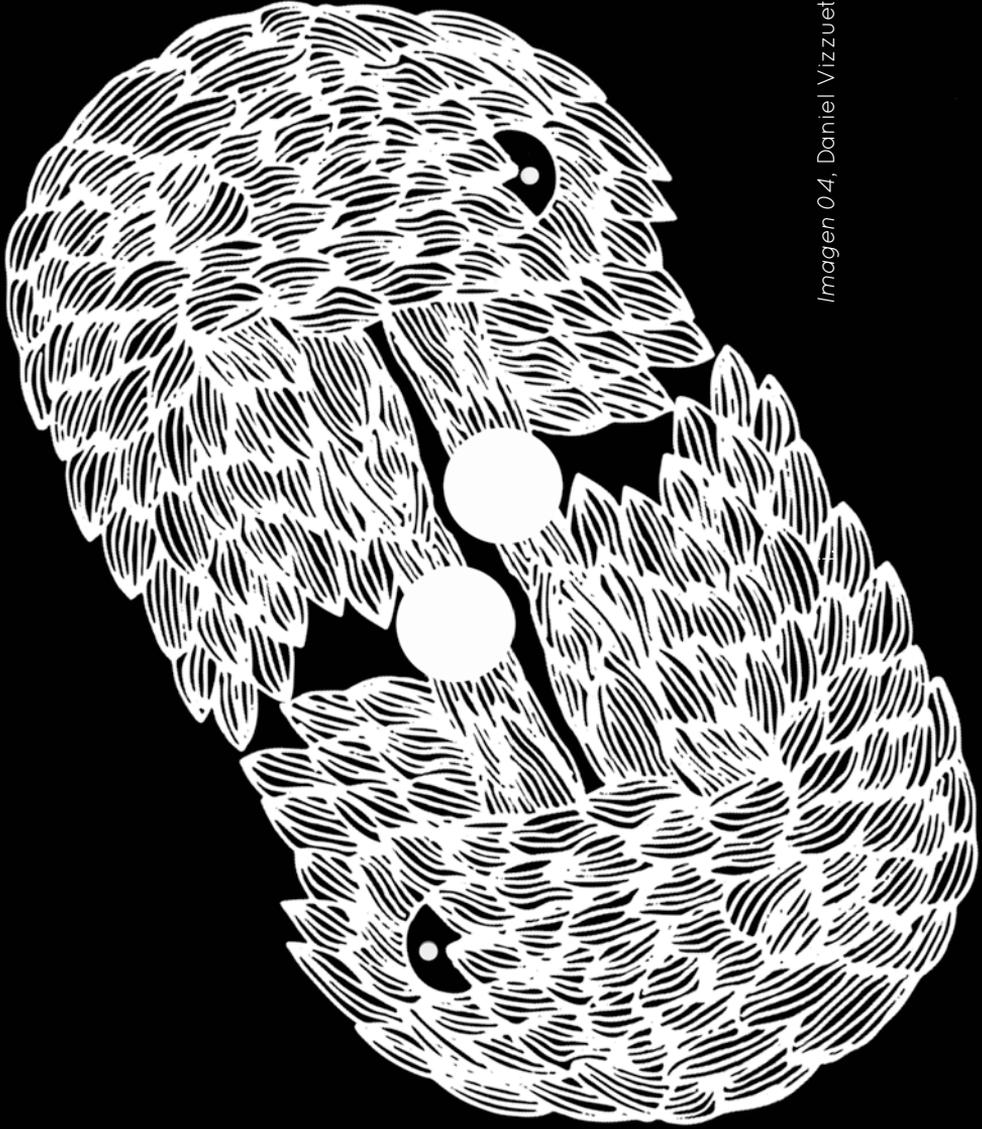


Imagen 04, Daniel Vizzuett

Transfiguración

Juan Guillermo Lera

Para Josué Yol
La luz esta tarde es otra.

Brilla con el matiz
de una claridad con ojos
a las cosas inciertas
y la tomo con mis dedos
con la mirada vuelta hacia ninguna parte.

Peregrino de mi ensueño.

El día crece con los trozos
que quedan de mi sombra,
se erige con la cara rota de las horas idas.

La tarde no me perdona:
se vuelve un acantilado
de suspiros sepultados;

el sol doliente
se explaya en la piel,
en mi canto.

Aferrado a la nada hermosa
de mi cuerpo mutable,
el aire me zarandea
entre minutos fugados
y jirones de verbo iluminado.

Soy barro que se transforma
en relámpago de palabras
a cada paso mutilado
y el corazón
que se desboca.



Téctrices

ensayo y otros géneros

Volátil, Edwin Murillo





[téc.tri.ces]

Similar a las tejas de un techo, estas plumas se encargan de proteger a sus aliadas en el vuelo. Su tamaño no es siempre el mismo, porque aquellas plumas que cubre y abraza tampoco suelen ser iguales. Por encima de su indudable delicadeza, estas plumas resisten a condiciones externas en las que en el aire, las otras plumas no siempre podrían sobrevivir.

Años luz

El Graffo (Fabio Romero)

Hoy empecé a escribirle una carta
a un astronauta suicida
que está a punto de saltar desde el borde del universo.



Ela é cigana do vento, Catalina Sierra



El destino de la cayena

Angie Paola Pedrozo Redondo

Eras una mujer, una madre. Con tus pétalos amarillos antes abiertos y calientes protegías a tus hijos, que mantenías en lo más alto hasta donde tu brazo alcanzara. Pequeñas bolas que arriba forman cinco puntas, la estrella que bajaste del cielo. Ahora, al mojarse se agrandan y se unen, esperando abrazados la muerte en medio del agua, llegando a ser, en segundos, los adolescentes que siempre quisieron ser y que el tiempo no les permitió disfrutar.

Abajo, algo rojo se hace ver dentro de las arrugas de tus pétalos. Son tus pies, antes unidos al tallo, manchados de sangre. Es sangre pura, que no se derrama sino que sigue pegada, como lo último que te queda, junto a los pocos hijos que no se han ahogado.

Aunque sientas dolor sigues flotando en la piscina de vidrio, mostrando tu belleza silenciosa. Al fondo, tu polvo, parte de tu esencia, se asfixia. Flotas en un río transparente al que rodean mis manos, y donde todo el universo se reduce a mis ojos, mi frente y mi cabeza sobre ti. Toco el agua para hacerte mover, mis dedos son remos que te exploran. Te golpeo a veces con ellos, sin querer, y me arrepiento. Dicen que las flores son delicadas, pero nunca lo vi como hoy. No es una delicadeza de víctima sino de victimaria, por hacer que todos se enamoren de ti, pero que al final nadie pueda ayudarte.





Pasan los minutos y tus pétalos se oscurecen, pierden su firmeza. Te vas hundiendo en el agua, como si tu cuerpo perdiera fuerza. Te oigo llorar y tu llanto es silencio, silencio que acompaña el tiempo que te observa. Te estás muriendo, y no sé si fue por mis manos que curiosas te tocaban, o por andar fuera de tu tallo. Me siento más triste aún, como si tuviera entre mis manos un pequeño pájaro agonizando, y pienso en todas aquellas criaturas inocentes y maravillosas que perecen frente a los humanos. Tú, como muchas de ellas, ahora solo serás sangre, agua y tierra.

Oda al banano

Jorge Alejandro Llanos

Un relato no necesita siempre un tema para existir, a lo sumo puede ser necesario tan solo una cosa, un objeto o, en ocasiones —si es bueno—, un pretexto. Una cosa puede ser un cuaderno, un libro, un destornillador o el hilo dental. Un pretexto puede ser un amor, una tristeza o la misma soledad.

Por lo general, siempre se recurre a los mismos pretextos, que se hibridan con los temas de siempre, pero los objetos son olvidados, como si algo necesitara vida para ser digno de ser escrito y no pudiera surgir solo de la banalidad del objeto en sí. Hablando de cosas banales, por qué no escribir sobre el banano, o los bananos; plural o singular, la fruta sigue siendo fruta.

De niño siempre me decían que comer banano aumentaba el potasio, sin saber siquiera qué mierdas era el potasio. Pero eso es hablar de los beneficios del banano y no del banano en sí. Primero que todo hay que decir que es blando, débil y se negrea con nada. Después de abierto toca echarlo en agua con limón, como las heridas, para que no se pudra con el medioambiente.

Además es amarillo, un color que recuerda la luz picante de un sol bogotano, tonalidad que chilla frente a las demás frutas. Su forma sugestiva siempre lo ha puesto en ridículo, y creo que es por eso que es más macho que hembra, más banano que banana.



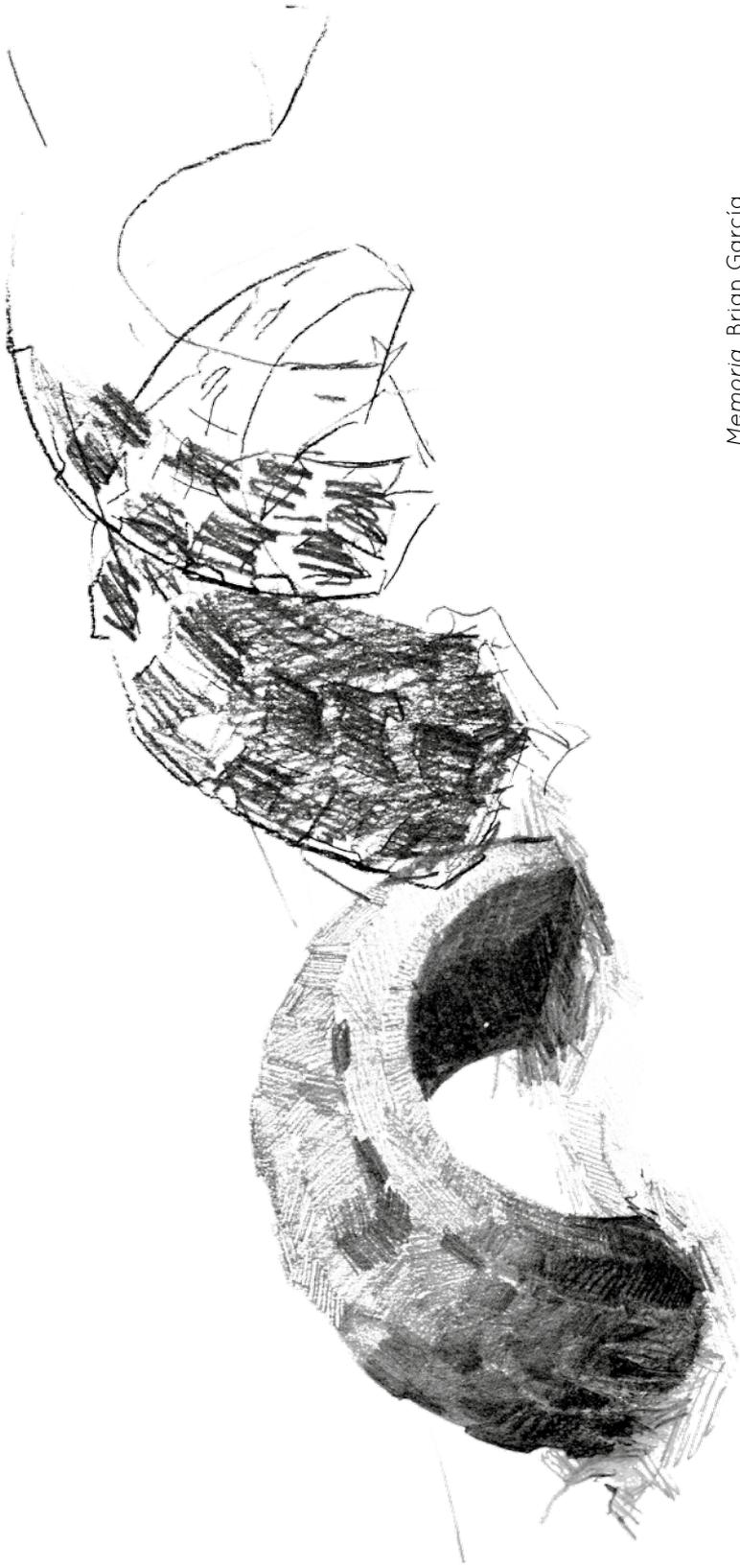


Tiene un tío segundo: el plátano verde; y una tía querida: el plátano maduro, ¿o la plátana? No es ni lo uno ni lo otro, pero está conectado a ellos, aunque siempre se le relegue a un papel inferior. Es importante decir que es asiático, de las junglas de Malasia, y le dio nombre a nuestras tierras latinoamericanas en el siglo XIX y bien entrado el XX, cuando a estos países se les conocía como “naciones bananeras”.

Cae bien con leche, en torta es delicioso y a veces, para estómagos más golosos, con una dosis extra de azúcar blanco se lo comen niños y ancianos; menos los de la vida light, estos lo ven con recelo. También se puede comer en postre o en jugo acompañado con guayaba, y algunos más aventureros lo usan como pipa para carburar marihuana.

Es la fruta prohibida del Fruteario, ese abecedario inventado para catalogar las frutas. Su contra serían las manzanas, o la manzana, que fue, según el relato bíblico, la fruta prohibida del Edén. Fémica mortal, pasión y corrupción, malicia y seducción, o eso dicen los relatos antiguos. Lo cierto es que aguanta más golpes, y no se deja morir tan fácil. El banano, en cambio, varonil y creído, se muestra muy erguido pero al pelarlo se pone blandito. No aguanta un trajín y además es muy dulce a ratos.

Complementándose con la manzana se vuelve la unión perfecta. ¿Se lo imagina usted con una guayaba o una guanábana? No, esas hembras le quedarían muy grandes. Lo chistoso es que el hombre, el de carne y hueso, no el de los libros, tiene banano y además manzana. Lo que me recuerda que Dios es travesti, porque a imagen y semejanza mía eres, fuiste y siempre lo serás.



Memoria, Brian García

Deseo

Javier Moyano

I take a walk outside
I'm surrounded by some kids at play.

I can feel their laughter, so why do I sear.

PEARL JAM, *Black*

Quiero borrar-me de todo, desaparecer, ser vacío continuo, materia cayendo por un agujero negro, una plasta de boñiga de perro en el sol que poco a poco se derrite, sin dejar olor, sin dejar marcas. Que me borren de los registros de los bancos donde nunca debí acudir, que me saquen del sistema de salud pública que nunca utilicé, que me borren del directorio telefónico, que incineren mi acta de nacimiento y mi acta de defunción. Quiero que me saquen de sus agendas, de sus correos, que olviden todos dónde viví, sáquenme del censo electoral. Que mis exnovias no pregunten jamás por mi paradero, que mis amigos olviden mis apodos, que nunca se brinde por mí, que nunca se recuerde una frase pronunciada por este nido de moscas, que destruyan mi carnet de la biblioteca, de la universidad, del trabajo, la cédula de ciudadanía, el pasaporte, la libreta militar, el pase de teatro, el de cine, el del transporte, que los destruyan y sus restos los boten al río Bogotá. Quiero desaparecer del todo, no dejar una sola fotografía: ni para álbum, ni para portarretratos, ni para la billetera de algún familiar, ni para red social alguna. No quiero dejar rastro de mi paso, que

no se cuenten anécdotas de mis derrotas, que no se sonría con alguna pequeña victoria mía, que nadie hable nada de mi existencia. No quiero que sobreviva una sola línea con mi nombre, que mi tumba no tenga nombre ni fecha; por mí, que lancen mis restos a la Vía Láctea, que los dejen en un basurero o en una calle sucia de esta ciudad, que sirvan de alimento a las cucarachas. Quiero borrar todo antes de mañana, no quiero dejar herederos, plantas que se marchiten sin mi presencia, mascotas que busquen mi aroma, zapatos por donar, nada dejar para los buitres que vendrán tras los restos de un simulacro en vida; no quiero dejar un colchón con mi figura, semen en la pared de ningún lugar, quiero borrarirme de toda prueba. Sin excusas, sin causa, sin detonador, sin carta de despedida. Desaparecer sin deudores o deudas, borrar mis registros de ingreso a la estación de policía, desaparecer mi tradición crediticia de prostíbulo y bar de quinta, borrar todo indicio de humanidad.

Quiero ser la brisa que juega con los cabellos de los niños en el parque, sentir su alegría pero no importarles en lo absoluto.



De la criminalidad del pensamiento

Pablo García

En su obra *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, Thomas de Quincey, el consumidor de opio inglés, alude la historia de Hassan Ibn Sabbah, también llamado “el viejo de la montaña”. En la aurora del siglo XI, tal doctrinario de la antigua Persia, en su necesidad de consolidar un ejército de incondicionales mercenarios, logró un método para crear los más feroces y desinhibidos soldados. Tras invitar a su templo a modestos campesinos, tan ignorantes como buenos recogedores de trigo, les convidaba amplias dosis de hachís, que los inocentes hombres de campo tomaban con obediencia.

Uno a uno, tras ingresar en hondos estados de alteración espacio-temporal, tras encontrar sus velocidades y lentitudes corporales ampliamente modificadas, los sujetos eran introducidos en salas ornamentadas con portentosos despliegues de estímulos sensoriales; tapices multicolor ondeantes por el viento de los rosetones, que les daba el carácter de suntuosas caricias sugerentes y vivas, fundían serenamente el cuerpo con el alma. Inciensos y perfumes apelativos, odaliscas voluptuosas cuyos masajes conducían al buen campesino a umbrales de su carne jamás antes sentidos, creaban estremecimientos burkianos. Las altas dosis de hachís, sobra decirlo, potenciaban las facul-

tades de estos grados de elevación mundana, allá donde lo sagrado y lo profano se trenzan en bodas luciferinas.

A la mañana siguiente, los individuos despertaban, y uno por uno recordaban atónitos sus sensaciones pretéritas: “¿Fue todo un sueño?” “¿Dónde, si estuve en algún lugar, experimenté a *Dios*?” Y Sabbah respondía: “Ciertamente es un pedazo del cielo de Al-l-h el que has experimentado y, cuando mueras, es exactamente allá, a tal paraíso de la sensación, adonde arribarás”. El campesino alucinado deseaba, pues, morir cuanto antes; su vida cotidiana la entendía ahora como imposible y miserable. El viejo de la montaña le daba una opción: “Únete a mi ejército. Te daré un sueldo. Vivirás mejor de lo que lo haces ahora. Y si mueres por guerreros enemigos, te irá mejor aún, pues ya conoces un poco, un mínimo, del paraíso que te aguarda”.

El nuevo soldado devenía así en un *bachisino* consumado, pues gracias al hachís y sus promesas palpables, lograba las agallas de asesinar a cualquier sultán o gran cadí de Estado, incluso en sus mayores y más estrechos círculos de protección. Mercenarios sin miedo a morir, por el contrario anhelantes de la muerte, llegaron a ser capaces de apuñalar sin temor ni temblor desde una absoluta cercanía a los enemigos de su Señor. La palabra *bachisino*, por cadencia eufónica, progresó en asesino, considerada como un arte por el excelente y depurado montaje estético, escénico y compositivo que le daba solidez y efectividad. Siglos después, Thomas de Quincey resemantizó *el tiempo de los bachisinos* dándole al concepto de crimen un sentido creador: la criminalidad del pensamiento con respecto a las opiniones estólicas y putrefactas...





Negro, Erick David Obando

Ahogo

Alejandra Capera



Ahogo. El oxígeno no es capaz de recorrer todo el cuerpo y la fatiga pasa factura, impidiendo el movimiento en cualquier dirección.

El dolor te aprisiona y pisotea en una danza macabra, grotesca y penosa; donde hasta la lástima abandona la sepultura que es tu vida; y, en un intento por gritar alto y fuerte, con la esperanza de alejar esa terrible sensación, el dolor empeora, hundiendo profundamente su poderoso látigo con cada grito de desesperación. Ahora, hasta la brisa más sutil es transformada en una tormenta.

¿Qué hacer? ¿Cuánto más resistirá? Son preguntas lanzadas hacia el vacío y sin respuesta. Solo la desolación es avistada en el panorama.

De pronto, las tinieblas amenazan con destruirte y lo catastrófico ocurre: la muerte llega. No hay más tristeza, más desesperanza o dolencia; todo es cubierto por el manto de la oscuridad. Por unos minutos el silencio permea todo, no hay exhalaciones, no hay latidos.

La rigidez somete a los músculos y los ojos perdidos en el horizonte no parpadean más. Solo unos minutos que parecen la eternidad marcan la quietud de aquel cuerpo. Tú ya no estás dentro, ya no eres tú. Esos minutos te cambian, limpian y exoneran. Cuando el aire penetra de nuevo aquel cuerpo, alguien completamente nuevo empieza a nacer.





Blanco, Erick David Obando

El dolor de una conquista



Guillermo Aldair V. Fuentes

Para marzo de 1519, en las costas de lo que hoy conocemos como Veracruz (México), llegó un hombre de porte emblemático e imponente, de vestimentas raras, extravagantes y hermosas, que fue confundido con un Dios.

Su nombre era Hernán Cortés Monroy Pizarro Altamirano, y representaba los intereses de la Corona española. Desde ese día hasta hoy, lo conocemos como el hombre que sometió al pueblo mexica, aquel que durante casi dos años intentó conquistar a uno de los imperios más poderosos de Mesoamérica, el imperio Azteca.

Sin embargo, temeroso de perder la vida por quienes estaba a punto de conquistar, Cortés decidió relacionarse con los pueblos de Tlaxcala, Cempoala y Cholula, etc. La amistad entre los españoles y los pueblos nativos pudo realizarse porque Hernán prometió liberarlos de la tiranía de los aztecas.

Hernán Cortés logró acercarse a Tenochtitlán (la capital del pueblo mexica) y con el tiempo pudo conocer a los tres últimos emperadores (Moctezuma, Cuitláhuac y Cuauhtémoc), con quienes intentó crear un ambiente de amistad y cordialidad para que ambas culturas pudieran conocerse. Pero Cortés tuvo muchos desencantos con los emperadores. Y entonces decidió llevar a cabo su estratégica acción de apuntar las armas de los pueblos subordinados en contra del imperio Azteca.





En la plaza de Las Tres Culturas, ubicada en Tlatelolco (Ciudad de México), se encuentra empolvada, sucia y olvidada una placa en la que, con dolor, se puede leer la tragedia de la última batalla ofrecida por los aztecas y los españoles, aquella en donde nadie perdió y mucho menos ganó, solo fue el doloroso nacimiento del México que hoy conoce el mundo.

Cuando Malinalli (Malinche) ayudó a Cortés para comunicarse con los indígenas, se presentó la oportunidad no solo de comunicación entre sí, sino también de penetrar una civilización cuya sangre era pura y limpia, y entonces Malinalli quedó embarazada. Lo que al inicio parecía el choque entre dos culturas poderosas terminó siendo la mezcla de dos mundos.

Producto de esa violación a la mujer indígena, nacimos nosotros los mestizos, quienes como madre tuvimos a una mujer perteneciente a la cultura azteca, pero que como padre tuvimos a alguien del mundo europeo. Malinche no solo fue la traidora, sino también la madre, la primera, a la que *chingaron* solo por *chingar*.

Con todo esto, no es de sorprendernos que nosotros, los *mestizos*, creyéramos en un territorio de influencia española pero con un linaje indígena. Ello se ha convertido en uno de los más grandes y dolorosos traumas que el mexicano no ha superado.

Sin más, los habitantes del México de hoy vieron pasar una lucha armada por la independencia de la Corona española (que terminó con un abrazo); posteriormente, una revolución que buscaba el cambio del régimen de Gobierno y que, entre dictaduras y pequeñas revueltas a lo largo de país, hizo sufrir a la nación.

Para nuestro país, al que un poco de todo le ha pasado, ha llegado el momento de descansar, sentarse en la vieja silla de madera y pensar: ¿en qué nos hemos convertido? ¿Quiénes somos?

Y de ser posible, ¿cómo es que a lo largo del tiempo hemos superado el trauma de la conquista?

Afortunadamente, no tenemos que darle vueltas a nuestra cabeza para resolver los interrogantes, puesto que ya ha nacido un hombre con la capacidad de decirnos nuestra verdad de forma directa, seca y sin pelos en la lengua. Aquel hombre cuyo legado lo llevó a ser galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1990. Me refiero al escritor Octavio Irineo Paz Lozano.

Para 1950, Paz reflejó en *El laberinto de la soledad*, con palabras fuertes y exactas, las características esenciales del mexicano. Dice que el mexicano es alegre, borracho, *cabrón*, fiestero y valiente, tanto que es el único en todo el mundo que se burla de la muerte. Pero el mexicano también es abnegado con su pasado; atrapado en lo que puede llegar a ser, modifica, sin pensar, lo que es.

Entonces, ¿qué es el mexicano? El mexicano es aquel que niega sus raíces indígenas por miedo de ser llamado *indio*, pero que no puede llamarse *español* porque sus rasgos físicos lo delatan ante la sociedad. Y es ahí justamente en donde el mexicano decide adoptar pequeños rasgos de otras culturas, otras naciones, otras personas, convirtiéndose en un *pachuco*. El *pachuco* es aquel que no es de *aquí* pero tampoco de *allá*, simplemente se dice auténtico y original.

Aunque ya pasaron casi setenta años desde que Octavio Paz nos reflejó, hoy aún seguimos siendo abnegados y borrachos, valientes y burlones. Pero, sobre todo, aún somos farsantes, copiones y sufridos.

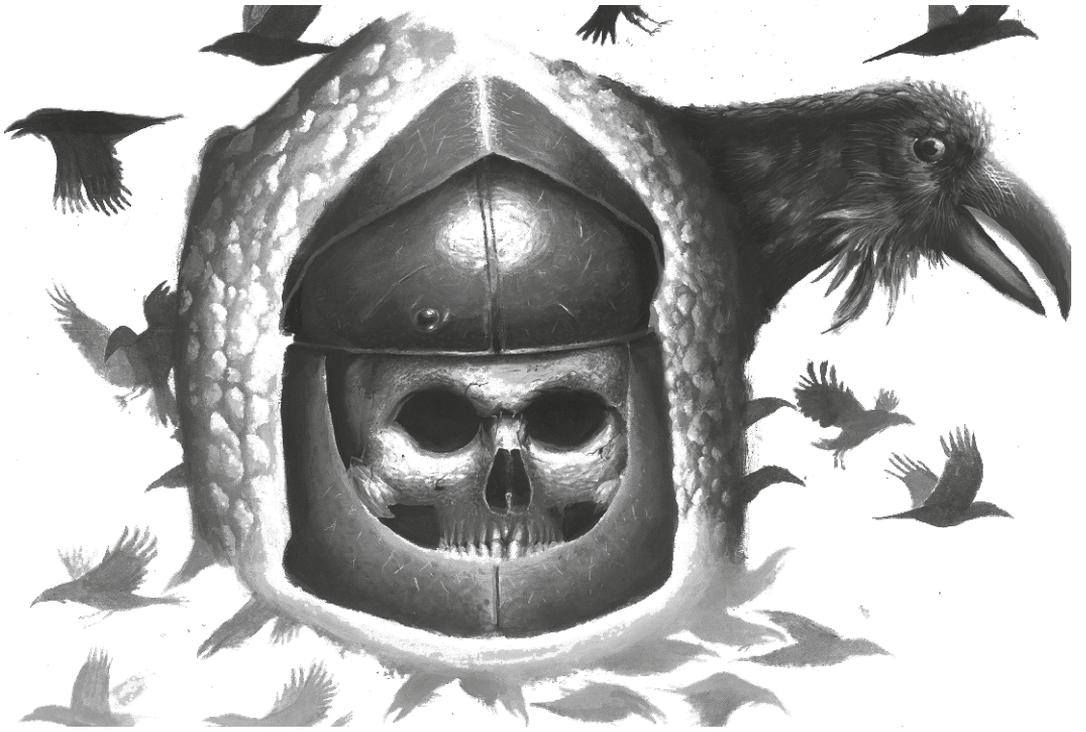
Sufrimos el trauma de una violación a nuestra primera madre, el divorcio de quien se hizo cargo de nosotros y después, como en cualquier familia con estos síntomas, nosotros, los pequeños mestizos, padecimos el desamparo de la historia y hoy sufrimos la carencia de nuestra propia identidad.





Nuestra música regional grita mucho, pero nuestra historia dice poco. Si algo sabemos los mexicanos es que somos *chingones*, que si algo nos sale bien es por nuestro esfuerzo, pero que si algo nos sale mal es por culpa de alguien más, porque nosotros somos inocentes, pobres, abnegados y olvidadizos.

Porque si algo nos duele es eso, la conquista, porque nos chingaron, pero antes chingaron a nuestra madre.



La Muerte, Ángel Castellanos

Una academia de baile

Camila Borbón Álvarez

Mi corazón está estropeado. Algo dañado, un poco roto. A veces sus males son tan fuertes que lo atraviesan y me los hace sentir a mí. No es culpa de él estar tan descompuesto. Prácticamente no es culpa de nadie. Simplemente él nació así, sin un poco de algo.

Él respira lentamente y siente como si en su interior se hubiera instalado una academia de baile. En esta academia dictan clases de salsa, algo de folclore y mucho tango. Las clases son extensas y sin horario. Los estudiantes simplemente asisten según se les programe. No hay hora fija para que empiece el bailoteo. Así mismo, la cantidad de estudiantes varía según el día y el clima que hace afuera. Como toda academia de baile, esta tiene un piso de madera reluciente que rechina con el movimiento de cada estudiante. Ese rechinar que otorga más elegancia y autoridad al bailarín. Le hace lucir. Le hace ver como si supiera bastante.

Esta academia de baile no es tan popular. así no lo sea, siempre tiene estudiantes en su interior. Los pocos o muchos que van son disciplinados y buenos en su arte. Los últimos días, las clases han sido de noche, así que las luces rebotan en los espejos y en las caras acaloradas de los asistentes. En total hay 10 bombillos que lo iluminan todo. No hay espacios vacíos de

luz, pese a ser un corazón. Nada es oscuridad. Los bailarines le combinan perfecto a esta ambientación casi celestial. Todos brillanticos con sudor en sus caras. Todos sonrientes con sus labios rígidos como sus piernas. La chica que les dicta las clases es la de siempre. Casi parte de la academia. Si te le acercas puedes oler en ella la música, el baile. Ella hace parte del inventario. Llegó cuando inició todo. Nadie conoce qué fue primero y de dónde salió. Le he preguntado a mi corazón para que me lo explique. Él aún no entiende qué ha pasado. Solo sabe que dentro de sus pequeñas válvulas atiborradas de sangre muchos chicos bailan, sudan y gozan con la música. Él me ha dicho que espera que así como apareció de repente en su interior la academia, así desaparezca. No le incomoda la presencia de la mediana estructura llenita de espejos. Pero si espera que los daños no aumenten en su interior. Esos daños son culpa de los bailarines inexpertos. Los malos. Los torpes. Los de dos pies izquierdos.



Tecno Iphone, Carlos Alberto Olaya



Tratado del miedo moderno



Valentín Santos (editado por Laura Escobar)

La SCM (Sociedad Colombiana del Miedo) es una institución sin ánimo de lucro —y sin ánimos en general— fundada en 1999 por el ilustre Valentín Santos, escritor y poeta cuya carrera en las letras se vio opacada por la sombra del miedo a publicar sus textos. Siendo un investigador innato, decidió embarcarse en la indagación de este importantísimo factor humano: el miedo.

Este es un compendio de pautas básicas declaradas por la SCM tras un largo y meticuloso estudio de su materia. Estas intentarán, por miedo a errar, exponer los cinco últimos años de investigación y deducción sobre algunos de los más característicos y representativos aspectos del miedo¹.

Miedo es un nombre propio.

El *Miedo* es una palabra cuya etimología antigua permanece en la oscuridad. Viene del latín *metus*, que significa, literalmente, miedo. Es la única palabra que el castellano antiguo no comparte con ninguna otra lengua romance. Es decir, el miedo es castellano.

¹ Vale aclarar que esta es una edición incompleta de las pautas del miedo, documento aún sin terminar, escritas por la SCM. (Nota de la editora)





El Miedo es el único sentimiento² que es posible sin el pensamiento³.

El Miedo es el más sincero sentimiento del ser humano. Por tanto, es el único sentimiento en el que se puede confiar.

El Miedo es el único sentimiento que depende únicamente de sí mismo y que, a la vez, se refiere a sí mismo. Es decir, el Miedo es un *metasentimiento*⁴.

Solo el Miedo se alimenta del Miedo.

Bajo la segunda pauta, la SCM establece que el Miedo no es extranjero, bajo ninguna circunstancia y en ninguna nación. Pero que es exclusivamente castellano.

El antónimo del Miedo no es la valentía, sino la locura.

Miedo es el único sentimiento que cada ser humano en el mundo comparte.

El Miedo y el temor son abismalmente diferentes. El temor se ve acompañado del amor, de la compasión, del respeto, etc. El Miedo está solo, es autosuficiente.

Nos da miedo el número once.

El primer miedo que todos sentimos es debido a que no lo conocemos todo. Le tenemos miedo a lo desconocido.

² La SCM se ha detenido por años en este punto, aún sin resolver. Se desconoce aún si la condición natural del miedo es ser un sentimiento o una sensación. Por temor a una pugna, la SCM ha decidido dar una pausa a esta discusión y dejarla, por ahora, a libre interpretación del lector.

³ Los documentos originales de la SCM resaltan la importancia de Descartes, al mencionar que lo que diferencia al hombre de un animal es el pensamiento, lo que quiere decir que el *Miedo* no es exclusivamente humano. En la edición original de las pautas se aclara el temor a citar a Descartes directamente y su nombre es cambiado por *Fulanito*; de todas maneras, en la última entrega de documentos para realizar esta edición ya no aparece ningún nombre. (Nota de la editora)

⁴ A la SCM le parece pertinente, en este numeral y por miedo a no ser entendido, comparar al Miedo con el amor dando un ejemplo. El texto original de la SCM, en palabras de Valentín Santos, dicta: "Uno no ama al amor, ni es feliz por la felicidad, mucho menos odia el odio, pero el ser humano sí le teme al Miedo. Le tiene pavor". (Nota de la editora)

El Miedo no depende de la realidad. El ser humano siente más miedo de lo irreal que de lo existente.

El Miedo es el medio, no es el fin.

La sociedad moderna es el fruto del Miedo⁵.

Si el Miedo no fuese subestimado, sería una disciplina, un oficio.

El Miedo ya es un oficio.

Miedo es lo que produce la verdadera belleza.

La única manera de lidiar con el Miedo, al igual que con otras sensaciones, es abrazándolo.

El abrazo al Miedo es conocido como *pánico*, es la consciencia plena del Miedo y es efímero.

Nos da miedo el número veintiuno.

No hay vida sin Miedo, salvo la que alguna vez experimentó algo que no provino de este sentimiento.

Las pesadillas no *dan* miedo, las pesadillas son el Miedo.

No hay nada más a qué tenerle miedo sino al Miedo mismo⁶.

El Miedo es muy similar a la fe en cuanto es una certeza de algo que no se ve.

Existen más tipos de Miedo que tipos de amor.

El Miedo por el alma es distinto al Miedo por el cuerpo. El primero es dulce y letal, el segundo es repentino e inofensivo.

El Miedo, como un virus en el trópico, es sumamente contagioso.

El Miedo es tan contagioso que ahora conocemos algo como el *Miedo Colectivo*.



⁵ Esta pauta no ha sido actualizada desde el 2003, sin embargo es pertinente incluirla. (Nota de la editora)

⁶ La SCM aclara, por miedo a ser demandados, que esta pauta es tomada del número ocho de Sarai Reader, Just fear not just reason, escrito por Rahul Govind, página 36.





Nos da miedo saber de cierto que aún queda todo el
Miedo por descubrir.

Nos da miedo el número treinta y uno.

¿Qué va a pasar cuando el Miedo termine?



*Caleidoscorpo,
de Laura OsCam*

apterilios

espacio del lector



[ap.te.ri.lios]

Alapalabra deja esta sección exclusivamente en manos de sus lectores, para que, sin apegarse solo a recorrer con sus ojos su contenido, participen en la revista de una forma alterna a las convocatorias de narrativa, poesía y ensayo.



Furia, de Solagne Urrels



Omega, Juan Pablo Díaz



Inalcanzable, Juan David Anzola

Sobre-vivir, Rommy Triay



Mujer Cabello, Rommy Triay



los autores

Natalia Arias Valenzuela

Artista, raya paredes, mentes, lienzos y papel.

Giovanny A. Rodríguez

Nació un 9 de enero hace 25 años, en el Estado de México. Ingeniero químico de profesión, estudiante de filosofía y amante de la literatura. Escritor ocasional de poesía, relatos y cuentos. Sus últimos relatos publicados fueron “No será hoy”, por la *Revista Cantera*, y “Nuestro último encuentro”, por el Ateneo Nacional de la Juventud y Libros en Movimiento, como uno de los veinte mejores en su primera convocatoria de concurso de cuento corto.

Erick David Obando

Zafo es un fotógrafo santandereano que actualmente reside en Bogotá. Su trabajo se basa en la exteriorización de sus procesos de introspección con una fuerte influencia de movimientos como el surrealismo; en su estética resaltan el uso del blanco y negro como invitación a la reinterpretación de la obra, y escenas llenas de pasividad y contemplación.

Felipe Vásquez

Estudiante de Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad La Gran Colombia en Bogotá. Amante de la lectura, la escritura, la música —adorador del clarinete—,

la fotografía y los viajes. Visionario y transformador de mundos con la imaginación y la pedagogía.

Sebastián Cuevas

Soy estudiante de la carrera de Derecho en la Universidad Alberto Hurtado en Santiago de Chile. Soy escritor por hobby, escribiendo cada vez que tengo algo que contar, aunque sea lo más extraño y loco de todo. Desearía algún día poder publicar un libro con diferentes cuentos que hagan pensar y marcar a las personas. La temática de la cual escribo son temas bastante crudos y fuertes, en relación con problemas psicológicos. Llevo escribiendo desde los 16 años diferentes temáticas de cuentos, desde románticos hasta existencialistas, la cual es mi mayor influencia. Tengo como cabecera a Sartre, Camus, Tolstoi, y los relaciono con asuntos sociales y una literatura irónica.

Natalia Barbosa

Nacida en Ibagué, Tolima, en diciembre de 1987. Administradora de profesión, viajera y fotógrafa aficionada. En la actualidad, al servicio de proyectos de educación.

Wilson Pérez Uribe

Algunos de sus poemas y ensayos han sido publicados en Colombia, España y México. Revistas como *Aurora Boreal*, *Desván*, *Suma Cultural*, *Cuadernícolas*, el *Periódico de Poesía* de la UNAM, entre otras, han acogido su creación literaria. Ha participado en diversas antologías locales de literatura, como el caso de la revista *La Tagua* y la colección “Una selección de árboles”, organizada por el Sistema de Bibliotecas y la

Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y el Encuentro de Poetas que organiza Comfenalco. Entre sus obras está *El amor y la eterna sinfonía del mar* (editada en el año de 2011), y próximamente será editado un libro de poesía a partir de música clásica, música sacra, minimalismo y New Age. Recibió un reconocimiento en la categoría Arte y Cultura por la Gobernación de Antioquia.

Camila Marulanda

Estudiante de Comunicación Audiovisual. Tengo 19 años y soy fotógrafa desde los 15. Veo en la composición fotográfica una manera muy interesante de contar historias, sean planeadas o de pura coincidencia. Pueden encontrarme en www.flickr.com/camilamarulanda.

Rikardo Pantoja M.

Poeta y escritor, nacido en la ciudad de Pasto en 1977. Ha trabajado desde finales de 1996 desarrollando un estilo propio, su prosa ha llevado al pensamiento a sumergirse dentro de la poesía, un humanismo poético. Sus obras inéditas son *A través del tiempo*, *Estructuras*, *Cumbres* y *Escritura sin nombre*, su más reciente trabajo literario. Ha participado en eventos locales como el primer Concurso Departamental de Cuento Ecológico “Oso de Anteojos” (2013), el Encuentro de Poesía y Cuento Corto “Lecturas para la Paz” y Poetas en Carnaval, versión 2016-2017, de la Fundación Urkunina Literaria. Ha publicado en las revistas *Paranoia* de Pereira y *Letanías Paganas* de la ciudad de Medellín, y en portales virtuales como *Tras la cola de la rata* y *Desorbita*.

Alexandra Bermúdez

Nació en Bogotá el 10 de agosto de 1997. Realizó sus estudios básicos en el Colegio de María Auxiliadora, Casa Central. Actualmente estudia Creación Literaria en la Universidad Central. En enero del 2017 publicó su primer libro, *La miscelánea de los fantasmas enlatados*.

Fabio Nelson López Morales

Nació en Facatativá, Cundinamarca, el 30 de junio de 1981. Actualmente realiza sus primeros trabajos de escritura de poesía, cuento y crónica. Lee en sus ratos libres, ya que se encuentra desempleado, y también hace trabajos de arte plástico y pintura.

Sara Montañó

Nació en Loja, Ecuador, en 1987. Licenciada en psicología general. Ha publicado poemas en revistas digitales de México, Ecuador, Argentina, Venezuela y España. Perteneció al colectivo lojano Habemus Poesía.

Daniel Vizzuett

Nació el 15 de enero de 1993, en Tula de Allende Hidalgo. La mayor parte de su vida habitó en Tezontepec de Aldama Hidalgo. Actualmente reside en la Ciudad de México. Es un artista egresado de la licenciatura en Artes Visuales de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Su obra se materializa en medios artísticos como el *performance*, la pintura, la fotografía, la ilustración y el video. La sexualidad masculina, el abuso sexual infantil y la

identidad de género son temas que investiga a través de su producción artística. Actualmente es becario del Museo Universitario de Arte Contemporáneo, UNAM.

Germán López

Nació en Bogotá en 1993. Es abogado de la Universidad de los Andes con opciones en Estudios Clásicos y Lengua y Cultura Francesa. También es estudiante de Filosofía y de las Epistemologías del Sur. Fue miembro del equipo editorial de las publicaciones universitarias *Al Derecho* y *La Cicuta*, en la Universidad de los Andes.

Angie Obando

Es una artista plástica oriunda de Santander de 21 años, que actualmente reside en la ciudad de Bogotá. Su obra está ampliamente influenciada por cuestiones filosóficas, psicológicas y científicas con las que intenta hacer un diagrama del ser en su individualidad, llegar a la reconstrucción del individuo a través de mapeos que le exploran en función de sí mismos y como ente social, echando mano de técnicas plásticas y digitales.

Juan Guillermo Lera

Nació en Guatemala en 1993. Estudió Letras en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Fue incluido en la antología de poesía publicada en ocasión del Festival por la Memoria Histórica en el año 2011. Es columnista de la revista electrónica *Casi Literal* (2012-2014) y miembro fundador de la Asociación Cultural Internacional América Madre (AMA), filial Guatemala (2013). Algunos poemas suyos han sido leídos en la radio y otros publicados en la

revista *Marcapiel* (México, 2017) y la revista *Karebarro* (Nicaragua, 2017). Próximamente publicará también en la *Revista de la Universidad de San Carlos*. Ha impartido talleres de lectura y creación poética en el Instituto Tecnológico de México —ITGAM II—. Es miembro del Colectivo Pie de Lana. Impartió clases de español, comunicación y lenguaje en colegios de enseñanza media. Otros poemas que restan nacieron y se desvanecieron públicos, que no publicados, en espacios culturales, cafeterías y festivales en Guatemala y México.

Edwin Murillo

Oriundo de Bogotá, edad 35 años, graduado de fotografía de Uninpahu. Mi relación con la fotografía se traduce en el sentimiento de cercanía con los instantes y momentos que cruzan frente a mí tratando de generar un momento único para mostrar. Amo la calle, las personas, los paisajes y la tranquilidad que se siente al ver que todo lo que imaginabas se ve reflejado en la imagen que acabas de sacar con tu cámara.

El Graffo (Fabio Romero)

Fabio Romero (Colombia, 1986). Premio Especial a la Mejor Obra de la red social MeGustaEscribir – Penguin Random House (España, 2018), Mención especial en el XIII Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento (Colombia, 2017), Finalista del Concurso Inventízate de Literup (España, 2017) y Finalista del I Concurso de Historias de Viaje del Club de Escritura Fuentetaja (España, 2016). Su primera novela está en proceso de edición. Su trabajo está disponible en www.elgraffo.co

Catalina Sierra Rojas

Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Tesis meritosa. Especialización en Ilustración Creativa. Interés en la relación de la literatura con otros lenguajes y áreas de conocimiento, como las artes visuales y la antropología. Esta relación ha sido el eje de investigación y creación a lo largo de diez años, en los que la reflexión sobre el símbolo como articulación entre arte y sociedad ha sido constante. Experiencia laboral en educación, investigación, trabajo con comunidades indígenas y creación de proyectos interdisciplinarios. Experiencia artística en escritura, fotografía y *collage*.

Angie Paola Pedrozo Redondo

Nació en Bogotá el 16 de marzo de 1998. Actualmente estudia Creación Literaria en la Universidad Central. Lee y escribe toda clase de literatura, pero en sus obras se inclina más hacia la literatura infantil.

Jorge Alejandro Llanos

Periodista, músico aficionado, melómano empedernido y estudiante de Historia del Arte. Ha escrito aquí y allá, en fanzines, revistas y demás. Actualmente se encuentra desarrollando el Colectivo La Libélula Azul (en Facebook, @lalibelulaazuul). De resto nada digno, además de un segundo lugar en el X Concurso de Cuento de la Universidad Francisco de Paula Santander con su cuento “Alicia en la ciudad”.

Brian García

1995, Bogotá. Estudió once años de ciclo escolar del 2001 al 2012 en el Instituto Educativo Nueva Colombia, un colegio ubicado al lado de un caño que desemboca en el humedal Juan Amarillo, en el sector de Corinto, Suba; un colegio donde reinan los “ñeros” y es escasa la humildad. Allá fue donde comenzó su gusto por el dibujo y quizás el gusto por la pintura; su acercamiento fue por los mamarrachos que hacían los compañeros lejanos, encaminados en el grafiti. El gusto por el desecho y la vida cotidiana tiene que ver con el acercamiento que tenía al caño, al humedal y las diferentes escenas que en este contexto se veían, las cuales utiliza para construir narraciones visuales y escritas.

Javier Moyano

Bogotá. Licenciado en arte. Fundador de Rabiarte en 1999 como espacio artístico multidisciplinario cuya principal preocupación es la memoria y la soledad de la modernidad. Textos suyos han aparecido en revistas, periódicos y compilaciones nacionales y extranjeras. Es columnista de opinión de diversos medios alternativos. Ha sido invitado especial a festivales dentro y fuera del país, participa con diversos proyectos culturales como Desprovistos, SIN.ISMO y el Negacionismo poético. En el año 2009 publicó *Hoyos negros, historias y canciones para dormir en la tina*. En 2013 aparece como coautor del libro negacionista *Poetas que hay que morir antes de leer*, editado por la Universidad Autónoma de Nueva León, México. En el año 2016 lanzó la primera parte de su libro *La rabia, de sombras y de abismos* (volumen 1), primera de cuatro entregas que reúnen su obra poética.

Pablo García

Doctor en Filosofía y Letras, magíster en Literatura. Docente en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y en la Universidad Nacional de Colombia. Sus áreas de profundización son la literatura, la filosofía, el arte y la historia.

Alejandra Capera

Nació el 2 de noviembre de 1990. Estudiante de Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia. Se graduó de Finanzas y Comercio Exterior en la Uniempresarial. Ha dejado de lado esta carrera, puesto que entendió que la vida es demasiado corta para hacer lo que a uno no le apasiona, y una cuenta bancaria no reemplaza el tiempo invertido para llenar sus arcas. Solía escribir en el colegio, pero solo recientemente retomó este hábito que estaba olvidado entre capas y capas de cosas por hacer.

Guillermo Aldair V. Fuentes

Es originario de la ciudad de Teloloapán, Guerrero, México. Estudia en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Lerma. Reside en la capital del país, un pequeño lugar lleno de historia, dolor y olvido. Actualmente es colaborador de la *Revista Literaria Monolito*. Ha escrito diversos artículos de opinión y ha colaborado con columnas de opinión en el periódico *Acontecer*.

Ángel Castellanos

Soy de Tijuana B. C. Soy un estudiante de sexto semestre en la carrera de docencia de idiomas en UABC. El arte y

la ilustración siempre han sido mis pasiones. Han exhibido mis trabajos en unas exposiciones de la escuela y he hecho alguno que otro trabajillo a diferentes personas.

Camila Borbón Álvarez

Nací en Melgar, Tolima. Tengo 23 años, amo el cine, la música y la escritura. Soy periodista y comunicadora social. Mi especialidad es el audiovisual y la escritura para este.

Carlos Alberto Olaya

Nació el 13 de marzo de 1997. “Dejando huella congelando momentos”. Estudiante de Cine y Televisión de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Valentín Santos

Es un escritor y poeta bogotano de 50 años. Es editor e investigador. Ha escrito diversos ensayos para publicaciones independientes y fanzines de literatura, poesía y arte, pero nunca ha publicado ninguno de sus poemas por lo que él declara una consagración al miedo. Con esta mención a cuestas y con algunos años de investigación, en 1999 decidió crear la SCEM (Sociedad Colombiana para el Estudio del Miedo), una institución sin ánimo de lucro —y sin ánimos en general— que se dedica a la investigación de lo que ellos llaman miedo moderno. Actualmente, como parte de su carrera creativa, Valentín se desempeña como consultor independiente de riesgos y como director de la SCEM, aparte de continuar con la producción de textos para fanzines y publicaciones periódicas impresas y en web.

Laura OsCam

26 años, nacida en Cartago (Valle del Cauca). Licenciada en Artes Visuales de la Universidad Tecnológica de Pereira (2014).

Solagne Urrels

22 años, Buenos Aires, Argentina. Profesora de Artes Visuales (UNA) y artista.

Juan Pablo Díaz

Me gradué de Cine y Televisión en la Jorge Tadeo Lozano y paso el tiempo escribiendo cortometrajes, además de tomar fotografías cuando encuentro la situación oportuna.

Juan David Anzola

Nací en Bogotá en 1993. Soy egresado de Artes Visuales con énfasis gráfico de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Por haber sido criado en distintos lugares de Colombia, poseo raíces y costumbres provincianas al igual que influencias globales y ciudadinas que se encuentran en constante tensión. Por lo tanto, tengo un fuerte interés por las cuestiones identitarias y por las formas de vivir y dialogar con el territorio habitado.

Rommy Triay

Nació en Ciudad de Buenos Aires, Argentina, en 1983. Vive en México desde hace diez años. Estudió diseño gráfico, dibujo y pintura en la UBA. (Universidad de Buenos

Aires). Es técnico productor en Medios de la Comunicación, del Colegio Americano de Fotografía Profesional Ansel Adams. Artista visual, ilustradora (dibujo y pintura) y fotógrafa.



La preparación editorial de este número de *Alapalabra* estuvo a cargo de la Coordinación Editorial de la Universidad Central.

En la composición del texto se utilizaron fuentes Quicksand y Centaur. En las páginas interiores se utilizó papel Holmen Book de 60 g y en la cubierta, papel Royal Sundance Warm White de 176 g. La revista se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Nuevas Ediciones, en marzo de 2018, en la ciudad de Bogotá.



ISSN: 2422-5037



2422 5037


UNIVERSIDAD
CENTRAL



/alapalabra



/alapalabrarevista



alapalabra@outlook.com